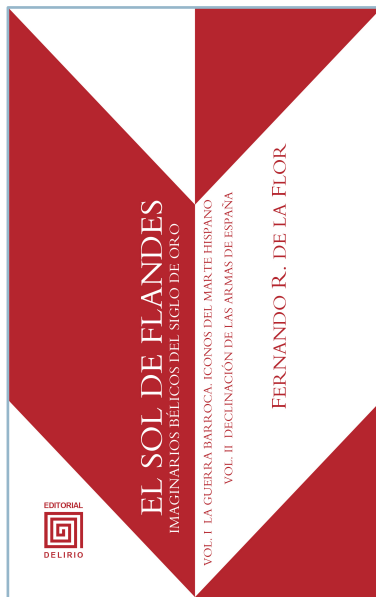


R. DE LA FLOR, Fernando, *El sol de Flandes. Imaginarios bélicos del Siglo de Oro*, Salamanca, Delirio, 2018, 2 vols. ISBN: 978-84-15739-23-4. 346 y 286 págs.

Luis GÓMEZ CANSECO

Universidad de Huelva (España)

canseco@uhu.es



Hace años que Fernando R. de la Flor nos viene regularmente iluminando desde su retirado púlpito salmantino. No cabe hacer aquí un repaso de su bibliografía, pero sí de algunos libros suyos que me han hecho aprender, que me han alimentado de ideas y que conforman una sección bien visible en mi biblioteca casera: *Emblemas. Lecturas de la imagen simbólica* (1995), *Política y fiesta en el Barroco* (1995), *La Península Metafísica. Arte, literatura y pensamiento en la España de la Contrarreforma* (1999), *Locus eremus* (2001) *Barroco. Representación e ideología en el mundo hispánico* (2002), *Biblioclasmo. Una*

*historia perversa de la literatura* (2004), *Pasiones frías. Secreto y disimulación en la cultura hispana del Barroco* (2005), *Era melancólica. Figuras del imaginario barroco* (2007). *Misanthropías* (2008), *Girovisual. Primacía de la imagen y declive de la lectoescritura en la cultura posmoderna* (2009), *Imago. la cultura visual del barroco hispano* (2009), *Mundo simbólico. Poética, política y teúrgia en el Barroco hispano* (2102), *La vida dañada de Aníbal Núñez. Una poética vital al margen de la Transición española* (2012), *El gabinete de Fausto. Teatros de la escritura y la lectura* (2014), *La Republica de las Letras. El mito de Salamanca en el Antiguo Régimen* (2015) o *Hurdes. El texto del mundo* (2015). Aun cuando faltan varios títulos para completar su *opera omnia*, son estos los míos, los que he leído con pasmo y santa envidia, y a los que hace no mucho se ha unido otro volumen ingente y extraordinario. Me refiero a *El sol de Flandes. Imaginarios bélicos del Siglo de Oro*, que la

editorial *Delirio* presenta en dos volúmenes editados con galanura extrema y armados desde su portada con la borgoñona cruz de san Andrés, precisamente la insignia que identificaba a las tropas españolas del Imperio.

Por entre esa cultura simbólica de la guerra viene transitando Fernando R. de la Flor desde, al menos, 1988, cuando se detuvo a estudiar *El Fuerte de la Concepción*, y todo el saber acumulado desde entonces se destila en estas páginas, que ahondan en el proyecto político que significó el Imperio de los Austrias. Los discursos teológicos, artísticos y simbólicos vinieron a afirmar que los españoles habían sido señalados por Cristo —como quería Hernando de Acuña en el famoso soneto dedicado a Felipe II— para llevar su estandarte. Gracias a esa designación, las cohortes hispanas pudieron ejercer la violencia en nombre de Dios, con el objetivo último de conformar todo un planeta católico que alcanzaría desde Europa hasta América. Era un plan aparentemente ágil, pero desproporcionado para el sujeto, pues, si España se hizo dueña del mundo por un breve tiempo, ese mundo se le volvió por completo hostil en todos y cada uno de los lugares donde alcanzó a pisar. Así lo sentenciaba Marcos de Isaba en su *Cuerpo enfermo de la milicia española*: «Hasta en el Mundo Nuevo el sonido de armas de esta nación es odiado y malquisto».

A ello se añadía, la incapacidad manifiesta de ese imperio a la hora de incorporar las nuevas técnicas y tácticas militares. Insiste de la Flor en la falta de mapas adecuados que sufrían los ejércitos, en el atraso de la ingeniería militar española, de su armada y de su artillería, permanentemente envueltas en planes de restauración a lo largo de todo el siglo XVII, que eran a la postre abandonados, dando así la espalda a los nuevos modos de guerra. No deja de llamar la atención que, para celebrar la toma de Breda en 1625, Velázquez optara por pintar a sus españoles armados con lanzas, en un momento en que las armas de fuego ya se habían impuesto por completo, o el que el padre Jacques-Bénigne Bossuet, en su *Oración fúnebre de Luis de Borbón, príncipe de Condé*, recordara a los tercios españoles ya derrotados en la batalla de Rocroi, pero formando muros humanos, resistiendo con sus picas frente a la artillería francesa.

Sustento en esa deriva fueron precisamente los imaginarios bélicos de los que el libro trata, los discursos tanto verbales como visuales con que se explicaba la necesaria confianza en la victoria o se demandaba amparo en las derrotas. Se trataba de mensajes simbólicos de honda raíz religiosa, en los que intercesores guerreros, como los ángeles armados, como san Millán, san Fernando III o Santiago, tuvieron

un papel determinante. Pero lo cierto es que era también un vano empeño por iluminar la realidad desde los deseos, un esfuerzo ajeno a cualquier forma de pragmatismo y abocado inevitablemente al fracaso. El imperio, sin embargo, se dejó llevar por el ímpetu ciego de la fe, por la retórica de esos discursos sublimatorios, más que por la razón, aunque a la postre se impusiera la cruda verdad de las cosas, como apuntaba respecto a Flandes Saavedra Fajardo en la octogésima quinta de sus *Empresas políticas*: «Con perpetuas victorias se perdieron los Países Bajos, porque quiso el valor obrar más que la prudencia». De victoria en victoria hasta la derrota final.

No es de extrañar que la figura de don Quijote atravesase todo el libro como eje metafórico de esta declinación de las armas españolas. También el caballero manchego quiso ficcionalizar la realidad e interpretarla más como debería ser que como en verdad era, enfrentándose a la tozudez de los hechos con una voluntad tan decidida como estéril, que había de conducirle a una derrota ineludible. Tras palos, molimientos y vencimientos, él mismo viene a reconocerlo cuando ya está avanzada la segunda parte: «Yo hasta ahora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos» (II, 58). Es la ética del dolor, la asunción del propio sacrificio y la derrota convertida en epopeya, que hace del *Quijote* emblema para un imperio en el que todo se iba a pique. El progresivo colapso de la monarquía hispánica condujo a un permanente estado de tribulación, en el que ya solo cabían la resistencia, la melancolía y la muerte. Los mismos discursos que un siglo antes habían buscado en Dios el motor y la causa de las victorias, encontraron ahora en el castigo divino y en los pecados de los españoles la respuesta y la justificación de las derrotas. El soldado vino a hacerse ermitaño y la religión se convirtió en el último reducto a que acogerse, en una suerte de retiro personal y político.

*El sol de Flandes* recorre con detalle y sabiduría los entresijos de esa política de propaganda y autoconvencimiento de la que se alimentaron los ejércitos imperiales. Sermones, emblemas, grabados, comedias, cuadros, arbitrios, poemas, epistolarios o tratados teóricos, todo se pone al servicio de este intento por explicar las razones que movieron las armas de España hasta su consunción final. Pero la erudición aquí no es lastre ni alarde, sino que comparece al servicio del pensamiento. Como siempre sucede en los escritos de Fernando R. de la Flor, este libro, como otro bálsamo de Fierabrás, tiene la virtud extraordinaria de hacer más lúcidos y avisados a sus lectores. Ese lector avanza por entre un despliegue de textos y de imágenes —esenciales y siempre pertinentes—, guiado por esa escritura tan propia

de la casa y estableciendo una red de relaciones y referencias que terminan por generar nuevas ideas. Pocas inteligencias tan fértiles y generosas como la de nuestro predicador salmantino. Dicen ahora que va a renunciar al púlpito. Dios no lo quiera, porque con él se iría algo de la mejor filología que nos queda.